

*Ancho es el camino
que conduce a la abstención*

Un circo sin emoción

“La ‘apatía democrática’ es por eso lo clave con que ahora interpretamos algo que, mirado más de cerca, puede no ser más que un efecto de distorsión óptica producido por el quiebre de edad - desafallecientes ideologías”

José Joaquín Brunner.

Bienvenidos a la modernidad

■ **Paula Bustamante**
Horacio Blanco

Hay quienes se preguntan por qué los jóvenes perdimos las ganas de creer en esta democracia. Pero, ¿en qué dejamos de creer? En una forma de hacer política que caducó, que perdió capacidad de convocatoria, de convencimiento, de movilización, de legitimación y de representatividad.

**¿SE AVECINA UN DOMINGO TRISTE
PARA LA DEMOCRACIA VENEZOLANA?**

Quizás sea un poco temprano para dar diagnósticos definitorios. Quizás resulte irresponsable querer determinar con exactitud prestidigitadora todo lo que pudiera ocurrir bajo la gran carpa cuando, en las próximas elecciones de diciembre, se levante el telón. Sin embargo, hay muchas preguntas esperando respuesta, interrogantes que reverberan en un ambiente preelectoral inestable, y por demás enrarecido.

¿Contará el espectáculo político con la necesaria movilización de su audiencia? ¿Lograrán las máquinas de opinión pública arrancar un poco de entusiasmo - o por lo menos algunos desgastados aplausos- a las masas votantes? Y las nuevas generaciones, ¿qué sienten con respecto a este cansado sistema? ¿Está latente en ellas la noción de compromiso histórico,



ILUSTRACIÓN: MILDRED MUJICA

social o moral? ¿Qué tan agónicas están las ilusiones democráticas?

A pesar de este inconmensurable dramatismo a no muchos se les despertará el interés o la compasión. Estemos claros en que cualquier intento de analizar la crisis política de nuestro país corre el riesgo de ser tomado *a priori* como algo tedioso y perogrullesco. ¡Antipática premisa que nos hemos impuesto para comenzar este texto! A pesar de ello, desde las descuidadas gradas reservadas para los numerosísimos hijos de la democracia -casi dos millones de nuevos votantes para este año- nos atrevemos con gusto a lanzar a la arena los primeros abucheos.

Y EN EL SÉPTIMO DÍA

En la marquesina se anuncian muchos candidatos. Cuatro de ellos, los más consentidos por las encuestas, se dan cita para mostrar en esta ocasión caretas bien distintas a aquellas que los convirtieron en personajes públicos. En los camerinos, sus imágenes han sido engalanadas con extraordinario esmero por costosos asesores de imagen. Están muy bien aleccionados: ni por un descuido darán la espalda a las pantallas. Cada uno de estos líderes lleva más de una cruz sobre su *background*: en ornado trono una ex miss universo quien para entonces será ex alcaldesa, a su derecha un ex golpista que es además ex militar, del otro lado un ex alcalde ex adeco que levanta su siniestra en señal victoriosa, y más atrás un ex gobernador que también es ex copeyano. No hay ninguna duda de que la función promete múltiples cacofonías.

Bajo las amarillentas luces de errabundos seguidores, las estructuras de la carpa tampoco se vislumbran con claridad. Para enfrentarse a las urnas hacen falta algunos requisitos básicos: ser venezolano mayor de 18 años, estar inscrito y poseer una Cédula de Identidad laminada. ¿Cómo se encuentra la salud de las instituciones responsables de que esto marche bien? El tradicional -y tantas veces enjuiciado- Consejo Supremo Electoral cambia su nombre a Consejo Nacional Electoral, con la esperanza incierta de que una nueva denominación dé al organismo un ropaje con menos olor a crisis. ¿Mero eufemismo?, ojalá que no. Por otra parte, y aunque parezca un chiste cruel, hasta hace poco no existían los recursos materiales para obtener de la ONIDEX esa suerte de objeto prohibido que oficializa nuestra existencia. A estas alturas de la ceremonia, aco-

“

El gran error ha estado en querer perpetuar conceptos y sistemas caducos. Los jóvenes no están siendo estudiados como lo que son, sino como lo que aquéllos analistas quisieran que fueran. Las viejas escuelas, al igual que las viejas ideologías, están heridas. Sus llagas abiertas se desangran en nostalgias.

”

modadores y taquilleros no logran ponerse de acuerdo.

Observemos ahora las gradas atestadas de votantes. Potenciales electores para 1998: 11 millones 426 mil 232 en todo el país. Cerca del 25% de esta masa apostada en las butacas tiene entre 18 y 29 años. De querer hacerlo, ellos poseerán el magnánimo privilegio de elegir alguna de las -¿mesiánicas?- opciones para la silla presidencial... pero la fe en este templo parece haberse perdido, y probablemente de manera irreversible. Las encuestadoras coinciden en augurar un 40% de votantes desertores. Ancho es el camino que conduce a la abstención.

A PROPÓSITO DE NOSTALGIAS

Descomprometidos, desmotivados, desencantados, desideologizados, apolitizados, apáticos, bobos. Con cuántos adjetivos se ha pretendido calificar y descalificar a las nuevas generaciones. Ocurre con frecuencia que estas aproximaciones descriptivas, emanadas de consagrados científicos sociales latinoamericanos, poseen un cierto donaire vertical. A veces, las ilustres lecturas se hacen en tono compasivo y perdonavida, otras en son hiriente y peyorativo. Pareciera que estos eruditos, en franco desfase con los tiempos que corren, ven al mundo como un gran escenario en

el que ya está previsto un rol para cada cual. Todo actor que osare desertar de su papel, por más aburrido que este parezca, será defenestrado por los infalibles libretistas desde su elevado pináculo...

El gran error ha estado en querer perpetuar conceptos y sistemas caducos. Los jóvenes no están siendo estudiados como lo que son, sino como lo que aquéllos analistas quisieran que fueran. Las viejas escuelas, al igual que las viejas ideologías, están heridas. Sus llagas abiertas se desangran en nostalgias.

No quepa la menor duda: los síntomas de estos malestares tienen relación directa con la inestabilidad de los tiempos. El paisaje cultural se ha vuelto trepidante, saturado, inseguro. Las ciudades se transforman en selvas anómicas donde los contextos se recontextualizan y los territorios culturales se desterritorializan. Aparecen furias donde antes se instalaban cómodas resignaciones y viceversa; las identidades mudan constantemente su atavío y se reacomodan sin mayores traumas. El cortoplacismo, lo intersticial, el minimalismo y la liviandad de lazos desplazaron aquella decrepita idea del Gran Proyecto Social. Ninguno quiere escapar del tributo hedonista e individualista en el imperio de la lógica software. Incesantes diluvios massmediáticos lo inundan todo.

Volvamos la mirada a las graderías. Allí, las telarañas sociales están vivas y no dejan de dar sorpresas. Entre los jóvenes lo simbólico-político se ha reordenado. A pesar de insalvables diferencias de clase, la actitud frente a la política ha logrado redimir profundos antagonismos. En cualquier caso, ese espacio común donde convergen los nuevos actores se define tanto por un ligero y ventilado descompromiso, como por el desencanto. Desde múltiples ángulos, la precariedad encara a la provisoriedad. Ahí están todos: los jóvenes de las esferas pudientes bendecidos desde la cuna por la gracia del dinero; los millones de excluidos-náufragos del inaccesible beneficio de la cornucopia; y los hijos de la apocada clase media atrapados entre el miedo de perder y el de nunca poder llegar. Desde sus respectivas butacas -unas más cómodas, otras insoportablemente apretadas- todos rezan el mismo catecismo: no hay motivación para votar.

En nuestros países latinoamericanos, a los que tantas ideas se han exportado, el prometido progreso homogéneo y la democracia benefactora se quedaron nadando solos en un limbo de esperanzas muertas. Fúnebre acto el que le tocó representar a estos metarrelatos.

¿LA VIDA COMIENZA A LOS 40?

¿Por qué la democracia ha perdido el peso de idea-fuerza que alguna vez poseyó? Evidente es la debilidad de sus bases, también la pérdida de relieve en los conceptos que la sustentaban -hasta hace unos años- en el imaginario del ciudadano común. Hoy apenas resuenan los viejos ecos de la tradicional militancia y de aquellos paladines partidócratas pronunciando emocionados discursos ante monotonías que ondulan banderas unicolor mientras gritaban consignas ahogadas de fervor... Menos de cuarenta años bastaron para evidenciar el gran desgaste de este modelo de democracia y presenciar la estrepitosa caída de sus mitos, genios y figuras. Los evidentes síntomas de cansancio han sido diagnosticados y recetados por las mismas clases dirigentes con desatino; pero ¡cuidado! no son recomendables medicamentos de vieja farmacopea para un paradigma enfermo de necesidad de reemplazo. Ya alguno ha querido expiar culpas acusando de bobo a todo tercero que haya perdido confianza en la derrumbada iglesia. Más fácil todavía si el inculcado anabaptista peca, además, de mal de juventud.

EL ONANISMO DE LA DEMOCRACIA

Esta democracia se autoelogió hasta el cansancio y si se hizo tontamente grandilocuente, megalómana. Al mismo tiempo, este sistema político demostraba su incapacidad real de gobernar. Los hijos de la democracia crecimos en un país en el que ineficacia, corrupción, escándalos, descalabros, improvisaciones e insensateces horadaron hasta lo más profundo la credibilidad. Las estructuras de poder se desmoronaron, mostrando su inmanente fragilidad y perdiendo el apoyo de los ciudadanos. Los partidos quedaron mortalmente desmembrados, y a pesar de ello pretenden lanzarse una vez más a la arena llenos de remiendos. Las promesas fáciles llegaron a sonar escatológicas y extraordinariamente aburridas, los discursos quedaron invertebrados y demasiado confusos.

El sufragio también demostró sus incapacidades. Quedó al descubierto que el *momentum* democrático a través del cual la masa votante elige a su líder, es irrelevante para la verdadera solución de las demandas nacionales.

Cayó el acartonado revestimiento que sustentaba la idea de democracia. Las trasnochadas ideologías -de centro, derecha e izquierda- perdieron la capacidad de in-

terpretar los fenómenos de nuestras sociedades y se hicieron disfuncionales. Muchos conceptos internalizados en nuestro país hace 40 años (Estado, desarrollo, progreso, industria, etc.) perdieron substancia por falta de contextualización: se desconectaron parcial o totalmente de las fuerzas modificadoras del mundo y la sociedad. El envoltorio ideológico se rompió ante los pujos globalizadores y las dinámicas de la cultura y el consumo. Cabe añadir que la política se dejó seducir por técnicas y efectismos antes reservados para el mundo del espectáculo; también por estrategias y sinuosidades propias del mercadeo. A pesar de estos inusitados giros, adolece del poder de atracción que tanto anhela.

El contexto comunicacional también rebasó el alcance de los gobiernos democráticos. Las nuevas tecnologías por un lado, la televisión y los grandes medios masivos de difusión de mensajes por el otro, hicieron un corte longitudinal a todo el espectro social, anegando hasta los últimos rincones. Es indudable que los mass-medias llevan la batuta en el terreno de la vida cotidiana, desplazando definitivamente a las ideologías tradicionales. Por otra parte, el espacio público de participación social -otro día reservado a fenómenos políticos que ya suenan anacrónicos- ha sido victimado por el estupro mediático. La manifestación popular en calles y plazas se sustituyó por la observación del mundo frente a las pantallas, en la privacidad de los hogares. Los militantes se transformaron en telespectadores, y el proselitismo en publicidad.

AL DÍA SIGUIENTE

Con bombos y platillos la audiencia fue masivamente convocada. Aunque no finalizaba el gran acto, el ruedo se quedaba cada vez más solo. Quienes asistían al circo por primera vez se aburrían tanto que desertaron decepcionados.

¿Hay alguien que responsablemente se haya preguntado por qué ellos perdieron las ganas de creer? ¿Es que la democracia no quedó desnuda de sentido y carente de alcances? ¿Acaso no se transformó en un espacio exclusivo para la promoción de una élitesca cofradía política? Este modelo democrático no está capacitado para revivir ni para redireccionar los ideales de emancipación social y de fraternidad que estuvieron en su origen.

Aunque parezca un exabrupto; y a pesar de todo lo planteado, el panorama no se presenta desalentador. Sí, en las jóve-

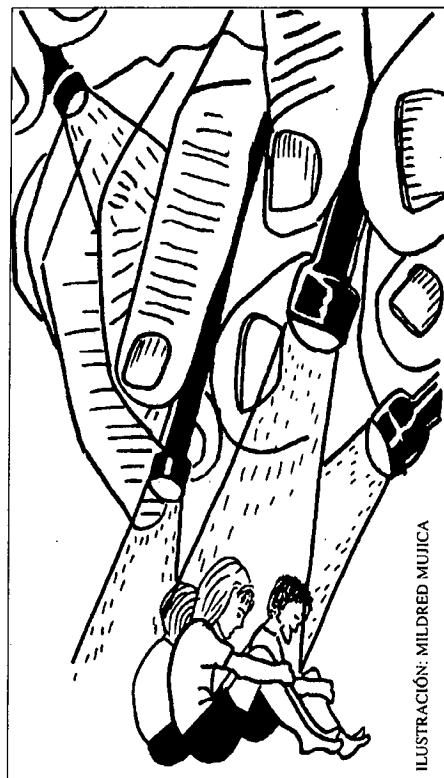


ILUSTRACIÓN: MILDRED MUJICA

nes masas de electores se ventilan caminos, nuevas maneras de entender y de enfrentar lo político. La participación se está desplazando. Se valora más lo local, lo concreto y lo efectivo que las promesas a largo plazo y a gran escala; el manejo de información prima sobre la proclama pública; vale más el reto individual que irrealizables compromisos colectivos. La expresión artística vuelve a ganar -mediante la experiencia lúdica y la extatización de las formas- verdadera representatividad y reclama para sí las extraviadas esperanzas utópicas del grupo social.

Estamos frente a inéditos universos de relaciones interculturales que moldean y trazan otras directrices para las conductas sociales, los esquemas de pensamiento y las maneras de readecuarse con el mundo. No son simples irreverencias o guerras generacionales sin sentido: los noveles rituales y sus símbolos representan incontenibles estallidos de fuerzas liberadoras.

Los jóvenes se sienten identificados con algo cambiante, inestable, tan lleno de vida que probablemente no consiga paradigmas únicos que lo definan. La sociedad sigue siendo un ente tan complejo que no hay dogmas suficientes para encerrarla por ningún costado. La cultura está que hierve.

En resumidas cuentas, este fin de siglo está resultando muy doloroso.

Pero así son los partos ■